

ña Restituta, que huían llevados como despojos de naufragio sobre la espuma de aquel mar alborotado. Estábamos solos.

Inés y yo nos abrazamos, y el gentío, comprimiéndose después, estrechaba á Inés contra mí, como si de nuestros dos cuerpos hubiera querido hacer uno solo.



XX

Transcurrieron muchos días desde aquel, famoso por la entrada de nuestro Soberano, sin que se alterara con ningún accidente la uniformidad de la casa de los Requejos.

Largo tiempo estuve sin poder hablar con Inés, aunque vivíamos tan cerca el uno del otro; pero el encierro en que la guardaba Restituta era cada vez más inaccesible, y la vigilancia llegó á ser un acecho implacable. D. Mauro estaba furioso algunas veces, otras triste, y sin duda en su rudeza no dejaba de comprender que era incapaz de hacerse amar por Inés. Su cólera no podía menos de derivarse de la conciencia de su brutalidad. Si no hubiera mediado el ambicioso interés, que era su alma, quizás D. Mauro habría sido naturalmente afable y hasta cariñoso con la que pasaba por su sobrina; pero la falta de educación, de delicadeza, de modales y de sentido común le perdía, haciéndole, no sólo aborrecible, sino espantoso á los ojos de la misma á quien deseaba interesar.

Las dificultades para sacar á Inés del poder de los Requejos aumentaban de día en día con la supleáz vigilancia de la Restituta, pero esto no me desanimaba, y firme en mi

dita casa, Inés mía, y serás feliz, y rica, y poderosa, y tendrás todo lo que es tuyo.

—Yo no tengo nada —me contestó.

—Si: tú no sabes un cuento que yo te voy á contar, un cuento que sé y que me hace feliz y desgraciado al mismo tiempo.

—¿Qué estás diciendo, loquillo?

—Que tú no eres lo que pareces. Yo te devolveré á tus padres, que son muy ricos.

—¿Padres? ¿Acaso yo tengo padres?

—Sí: tú no eres hija de Doña Juana. Pero esto te lo explicaré en otra ocasión. ¡Ah! amiga mía, estoy alegre y estoy triste, porque deseo que seas feliz, y rica, y señora, y poderosa, y duquesa, y princesa; pero al mismo tiempo considero que cuando llegues al puesto que te corresponde no me has de querer.

—No entiendo una palabra de lo que me dices.

Ya veremos. Tú no me querrás. ¿Cómo has de querer á un desgraciado como yo, sin padres, sin fortuna, sin educación? Te avergonzarás de mí, que soy un criado, un infeliz de las calles ... pero ¡ay! no temas, que yo te llevaré á donde debes estar, y te pondré en tu verdadero puesto, y serás lo que debes ser. Yo no quiero nada para mí. ¿me dejarás que sea tu criado y que viva en tu casa lo mismo que vivo ahora en la de tus condenados tíos?

—De veras te digo que pareces loco, Gabriel. Esto me recuerda cuando tú decías que ibas á ser ministro, generalísimo y príncipe. Yo no tengo esas ideas.

—No es lo mismo, niñita. Aquello era una necesidad mía y esto es cierto. Ya no volveremos á casa de los Requejos. Huiremos por la calle de Alcalá en cuanto se despeje. buscando refugio en Aranjuez hasta tanto que yo te lleve á donde debo llevarte. Aunque sé que no lo has de cumplir, júrame que me querrás siempre.

—Yo no necesito jurarlo. Prométeme tú no decir dis-

parates—dijo ella, mientras la presión de la embriagada multitud estrechaba su cabeza contra mi pecho.

—No son disparates. Pronto te convencerás de ello; ¿pero me querrás siempre como me quieres ahora? ¿No te avergonzarás de mí, no me despreciarás? ¿Seré siempre para ti lo mismo que soy ahora, tu único amigo, tu salvación y tu amparo?

—Siempre, siempre.

Al pronunciar estas palabras, Inés sintió que la cogían un pie.

Miró ella, miré yo, y vimos que clavaba en el pie sus flacos dedos una mano correspondiente á un brazo negro, que extendiéndose entre las piernas de los circunstantes, estaba unido al cuerpo de Restituta, quien estiraba el otro brazo hasta tocar la mano que pertenecía á una de las extremidades de Don Mauro Requejo, el cual Don Mauro Requejo, colocado como á dos varas de nosotros, pugnaba por abrirse paso entre las piernas de hombre y faldas de mujer, recibiendo aquí una pisada, allí una coz. Sucedió que encontrándose los dos hermanos tan separados de nosotros, perdían el tino buscándonos, y mientras ella se encaramaba anhelando divisar por algún lado nuestras cabezas, él, á causa de su corpulencia, alcanzó á distinguir mi gorro.

Forcejeaban hasta alcanzarnos, cuando Doña Restituta cayó al suelo, dióle Don Mauro la mano, y ella alargó la otra para asir el pie de Inés, temiendo que en un nuevo vaiven ó sacudimiento se le escapara. Nuestro proyecto de fuga quedó frustrado, y ambos Requejos hicieron presa en los olivares de Jaén, asiéndoles cada uno de un brazo para estar más seguros.

—¡Pobrecita mía!—dijo Don Mauro.—Creíamos que te nos perdías. Si no es por tí, Gabriel, se nos pierde.

A causa del revolcón quedaron ambos hermanos tan astimosamente migallados, que daban compasión verles. Del casa quince mi amo se habian hecho dos, sin intervenir

ción de ningún sastre, y su hermana veía con ojos furibundos los flotantes girones de su vestido negro, rasgado de arriba á abajo.

—¿Ves?—decía Restituta á su hermano al regresar á la casa.—¿Ves lo que sacamos de ir á donde nadie nos llama? Has perdido un guante... ¡lástima de guante, que costó un dineral en el Rastro! Pues ¿y la casaca? Ya tengo costura para tres días... ¡Si, que está barata la seda!... Y tú, niña, ¿has perdido algo? ¡Ay! ¿Dónde está mi pañuelo? ¿Pues y mi pañuelo? ¡Lo he perdido!... ¡Dios me favorezca!... ¡Jesús mil veces! ¡Y yo que le eché tres gotas de bergamota!



XIX

—Estamos solos, Inés—le dije.—Ahora podremos hablarnos y vernos.

En efecto, estábamos solos. Yo no veía ni Rey, ni pueblo, ni guardia imperial, ni balcones, ni quitasoles, ni abanicos, ni capas, ni gorras, ni flores, ni nada: yo no veía más que á Inés, é Inés no veía más que á mí.

Aprisionados entre un pueblo inmenso, nos creíamos en un desierto. Olvidamos que existía un Rey recién coronado, y una nación alegre, y una ciudad feliz, y una multitud ebria, y no pensamos más que en nosotros mismos. No oíamos nada: el clamor de la gente, los vivas, los mueras, las felicitaciones, aquella borrachera de entusiasmo no producía en nuestros oídos más impresión que el vuelo de un insignificante insecto.

—Gracias á Dios que nos han dejado solos—dijo Inés, estrechándose más contra mí.

—¡Inés de mi corazón!—dije yo.—¡Cuánto deseaba hablarte! ¡Cuántas cosas tengo que decirte! Tus tíos se han ido y no volverán, y si vuelven no estaremos aquí. Somos libres; oye lo que voy á decirte. Estamos fuera de esa mal-

honrado propósito, procuré por todos los medios posibles conquistar la venevolencia de los dos hermanos, fingiendo en mí gustos e inclinaciones iguales á las suyas. Yo aspiraba á una empresa más difícil que las doce de Hércules; aspiraba á conquistar el inexpugnable castillo de su confianza, donde jamás entrara persona alguna.

Para llegar á este fin, empecé fingiéndome mezquino y avaro, cual si me consumiera pasión del ahorro en su último delirio.

Un día, después de haber barrido los pasillos y cuartos, me ocupaba en reunir el polvo y la tierra, recogiendo y guardando aquellos ingredientes en un cucurucho. Como esta operación la hacía yo de modo que Doña Restituta me observase, preguntóme un día cuál era mi objeto, y la contesté:

—Pues qué, señora, ¿se ha de desperdiciar esta substancia alimenticia?

—¿Cómo? ¿El polvo y la basura de los ladrillos, con las telas de araña de los techos y el lodo de los zapatos forman una substancia alimenticia?

—Ya lo creo; y me asombra que usted no sepa que hay en Madrid un jardinero francés que compra todo esto para criar unas endemoniadas yerbas farmacéuticas que han inventado ahora.

—¿Qué me dices, Gabriel? Pues yo no sabía nada.

—Pues cuando yo estaba en la casa del señor duque de Torregorda, la señora duquesa vendía esto todas las semanas, y por un paquete así le daban cuatro cuartos como cuatro soles.

Ella se rogocijaba tanto con esto, que cuando yo, después de arrojar á un muladar el paquete, volvía entregándole los cuatro cuartos de mi fingida venta, me decía:

—Eres un chico de disposición, Gabriel: no he conocido otro como tú.

También fingía vender los cráneos de carneros que allí se consumían con frecuencia, los huesos de toda clase de

frutas, los pedazos de papel, los cascotes de vidrio, y hasta los pezones de los higos pasados, diciéndole que un boticario los compraba para hacer cierta droga venenosa. Cuando llegó el 20 de Abril y me dieron los diez reales de mi salario, dije á Doña Restituta:

—Señora, ¿para qué quiero yo todo ese dineral? Puesto que tengo todas mis necesidades satisfechas y no me falta nada, guárdemelo, y si algún día salgo de esta vendita casa (lo que hojalá no suceda nunca), me lo entregará junto. Guardadito quiero que esté como oro en paño, y primero me dejaré cortar las orejas que consentir en el gasto de un maravedí.

—¡Ay, Gabriel!—me contestó rebotando satisfacción,—no he visto nunca chico como tú. Bien es verdad que no en vano se pisa esta casa, donde reinan el orden y la economía. Eres un rapaz de provecho; si sigues trabajando, á vuelta de diez años tendrás reunidos sesenta duros, y si siempre persistes en tan buenas ideas, llegarás al fin de tu vida. . . . (pongo que vives sesenta años más. . .) con un capital de trescientos sesenta duros que tendrás guardaditos y los enterrarás antes de morirte, para que ningún heredero holgazán se divierta con tu dinero.

Con estas y otras artimañas me hacía querer de mis amos, hasta el punto de que confiaban mucho en mí; pero á pesar de todo no logré nunca adquirir la confianza suprema que consistía para mí en ser encargado de la custodia de Inés, mientras ellos estaban fuera. ¡Ay! cuando alguna vez permitían los hados que doña Restituta se ahuyentara del hogar doméstico, siempre era depositario de todas las llaves el inpasible, el mecánico, el glacial mancebo.

Pero he hablado poco de este personaje, cuando en realidad debiera ocuparme mucho, y urge dar de él completa idea. Juan de Dios era sin género de duda un exéntrico, pues también en aquella época había exéntricos. Un hombre que no habla, que ignora lo que es risa, que no da un paso más de los necesarios para trasladarse al punto donde están la

pieza de tela que ha de vender, la vara con la que la ha de medir, y la horterera en que ha de guardar el dinero; un hombre que en todas las ocasiones de la vida parece una máquina cubierta con la humana piel para remedar mejor muestra libre, móvil é impresionable naturaleza, ha de llevar dentro de sí algo ignorado y excepcional. Sin embargo al poco tiempo de conocer yo á Juan de Dios, ocurrió algún percance en el misterioso engranaje de las piezas de aquel mueble animado.

Por aquellos días Don Mauro y Doña Restituta habíanse comunicado con asombro su extrañeza por las frecuentes distracciones de Juan de Dios. Juan de Dios, que en veinte años no se equivocara nunca midiendo ó contando, contaba y medía como un mancebillo recién venido de la Alcarria. Aún había algo más alarmante. Juan de Dios se paseaba por la tienda sin hacer nada, lo cual era tan extraordinario como el choque de un planeta con otro; Juan de Dios preguntaba al parroquiano si quería *poplin*, *cotepalis*, *organ-dis madapolanes* ó *muselinas*, y en vez de traer lo pedido, daba media vuelta, rascándose la cabeza, iba á la trastienda, y salía después á preguntar de nuevo, porque se le había olvidado.

Al mismo tiempo Juan de Dios estaba más amarillo y más flaco, lo cual parecía imposible al que en sus buenos tiempos le hubiese conocido, y su mirada, siempre mortecina y tristonera como la llama de un candil que se apaga, indicaba últimamente una resignación, un dolor que no son susceptibles de descripción ni pintura.

Un día salieron los amos, encargándole como de costumbre, la custodia de la casa. Inés, encerrada en su aposento, habló conmigo como Tisbe al través del muro, y en mi desesperación, no pudiendo ni verla, ni sacarla de allí, discurrí que convenía explorar el corazón del mancebo, por si era posible ablandarle, para que protegiera nuestra fuga.

Bajé á la tienda, y después que hablamos un poco de cosas indiferentes, dije á Juan de Dios:

—¿No es un dolor, señor Don Juan, que esa muchacha se muera de tristeza en ese cuartucho? ¿Por qué no la dejan suelta por la casa? ¿Acaso es un fiero?

Advertí en el semblante del mancebo un como estremecimiento ó vislumbre, después pareció que la poca sangre de su cuerpo se le agolpaba en la frente, y me habló así:

—Gabriel, tienes razón. ¿Por qué la encierran así siendo tan buena y tan humilde?... Ya estará libre....—dijo Juan de Dios, como hablando consigo mismo.

Estas palabras despertaron mucho mi curiosidad, y resolví hacerle hablar sobre el asunto, fingiendo poco interés por la muchacha,

—Verdad es—dije,—que como está tan mal criada....

—¡Mal criada!—exclamó el dependiente con viveza.—Tú sí que eres un mal criado y un bruto. Cuando la veo tan dulce, tan modesta, tan guapa no me da una lástima que.... Aquí la tratan de un modo que da compasión.

—Pero los amos son muy buenos con ella; la han comprado un vestido y Don Mauro quiere que sea su mujer.

Al oírlo Juan de Dios, se inmutó de tal modo, que le tuve miedo.

—¡Casarse con ella!—exclamó.—No, no; eso no puede ser.

—Bien es verdad, que si la muchacha no quiere, ¿por qué la han de obligar?

—Es verdad. No; no la obligarán.

Comprendí que convenía variar de táctica, demostrando mucho interés por la prisionera.

—Pues si ella no quiere—dije,—será una obra de caridad sacarla de aquí.

—¿Tú crees lo mismo?—me preguntó con ansiedad.

—Sí. Me da tanta lástima de la pobrecita, que si en mí consistiera, ya le hubiera abierto las puertas para que volara como un pajarito.

—Gabriel!—me dijo Juan de Dios solemnemente, po-

niendo su mano sobre mi brazo, —si tú fueras un chico prudente y discreto, yo te confiaría un proyectillo...

No había más remedio que fingir gran indignación contra los Requejos, y así lo hice, diciendo:

—¡Pues no he de serlo. A mí puede usted confiarme lo que quiera, sobre todo si se refiere á esa niña, porque la tengo compasión, y si mi amo se empeña en maltratarla, no lo podré aguantar, y el mejor día....

—Nuestros patronos son muy crueles—dijo él con la gravedad de quien revela importante secreto.

—¿Qué dice usted crueles? Bárbaros y tacaños, que serían capaces de vender á Cristo por dos cuartos.

El semblante de Juan de Dios expresó cierto entusiasmo. Después de vacilar un momento entre la seriedad y una sonrisa, se apretó el corazón con ambas manos y me dijo:

—Gabriel, yo estoy enamorado, estoy loco.

—¿De quién? ¿Por quién?

—No me lo preguntes, y adivínalo. A ti sólo te lo digo: quiero que me ayudes. Veo que tienes buenos sentimientos, y que aborreces á los carceleros de Inés. Pero tú no te has fijado bien en ella. ¿No te admira su resignación, no te admira su modestia? Y sobre todo, Gabriel, ¿has visto alguna vez muchacha más linda? Dime, ¿te ha mirado alguna vez y no te has vuelto loco?

Juan de Dios lo parecía al decir estas palabras.

—Inés es una gran personita—respondí.—Hace usted bien en quererla, y mucho mejor en sacarla de aquí. Pero no dicen que se casa usted con doña Restituta?

—¿Yo? estás loco.... Antes de ahora he sido tan estúpido que llegué á crearme capaz de semejante desgracia. Pero ahora.... ¿Has conocido mujer más repugnante que esa?

—No, no hay otra que la iguale en toda la tierra. Pero hablaremos de Inés, que es lo que á usted le interesa.

—Sí, hablemos. ¡Ay! No sabes que desahogo siento al confiarte este secreto. Yo necesitaba decirselo á alguien pa-

ra no desesperarme. Desde que Inés entró en esta casa, yo experimenté una sensación desconocida. Yo había dicho muchas veces: «tanto como oigo hablar del amor, y no sé lo que es....» Pero ya sé lo que es.... ¡Ay! he pasado toda mi vida trabajando como un bestia. Hace veinte años tuve algo como una mujer que vivía en mi casa; pero aquello no pasó de tres días.

Yo nací en Francia de padres españoles, me crié en un convento y cuando salí de él á los veinte años, estaba muy persuadido de que las mujeres todas eran el Demonio, pues así me lo decían los padres del convento de Guetaria. Así es es, que cuando pasaba alguna cerca de mí, yo bajaba los ojos, cuidando de no mirarla. Siempre he sido melancólico, y... no sé por qué me han disgustado las mujeres.... Nunca voy á bailes ni á tertulias, y con tan uniforme vida me he vuelto tan triston que me aburro de mí mismo. Los domingos echo un paseo allá por los Melancólicos, y esto un año y otro.

Cuando llegó Inés aquí, me pareció que no era como las mujeres que yo he visto siempre; quedéme asombrado contemplándola, y hasta se me figuró que la había visto en alguna parte; ¿dónde? ¡qué sé yo! sin duda dentro de mí mismo. Todo aquel día pensé en ella, y al día siguiente que era do ningo, me fui, después de oír misa, á mi paseo de los Melancólicos. Allí di mil vueltas figurándome que hablaba con ella, y fueron tantas las cosas que le dije, que de seguro no cabrían en este libro grande. Pasó algún tiempo: Inés no me había mirado nunca, hasta que una noche... estábamos comiendo, yo fui á coger un plato, y como me emblaba la mano, le dejé caer al suelo y se rompió. Restituta se puso á dar gritos, y Don Mauro me dijo no sé qué barbaridades. Entoncés Inés alzó los ojos y me miró.

Cuando esto decía, Juan de Dios mostraba la incomparable satisfacción del amante que ha recibido favor muy li-sonjero de su dama.

—Pues ánimo —le dije —la muchacha es linda y buena. Sáquela usted de aquí.

—¡Que si la saco! ¿Pues no la he de sacar? —exclamó con decisión. —Resuelto estoy á ello. Pero necesito hablarla, Gabriel; necesito decirle lo que siento por ella. ¿Me corresponderá, crees tú que me corresponderá?

—Pero tonto, si quiere usted hablarla, ¿qué más tiene que ir á su cuarto y entrar? ¿Los amos no le dejan las llaves?

—Varias veces he intentado hablar con ella; he subido la escalera, he llegado junto á la puerta y al fin me he vuelto sin valor para decirle: «Inés ¿oye usted una palabra?»

—Pues de esa manera no se consigue nada —le contesté. —¡Ah! Vea usted lo que me ocurre en este instante. Yo me pinto sólo con esas comisiones. Me da usted la llave, abro, entro y le digo que usted la quiere y discurre el modo de sacarla de aquí. ¿Qué le parece mi invención?

—Te equivocas si crees que tengo la llave de su cuarto. Todas me las dejan menos esa.

—Entonces todo está perdido.

—No, porque voy á que un cerrajero me haga una por un modelo de cera, enteramente igual. Por de pronto, ya que te ofrezco á servirme, mira lo que he pensado. Aquí tengo un ramito de violetas que he comprado esta mañana. Se lo llevas, arrojándolo dentro por el tragaluz que está sobre la puerta, y le dices: «esto le manda á usted una persona que la ama,» pero sin mentarle quién es. Luego otro día que los amos salgan, le llevarás una carta que estoy escribiendo en mi casa, y que tiene ya ocho pligos de papel, con una letra como un sol. ¿Lo harás así?

—Todo lo que usted me mande.

—¡Ay, Gabriel! Desde que ella está en esta casa, me he vuelto todo del revés. Pero di, ¿crees tú que Inés me querrá; lo crees tú? ¡Ay! yo de veras te digo que por verme amado de ella por todo el día de hoy, consentiría mañana en perder la vida. Te juro que si supiera de cierto que no

me puede querer, moriría. Si Inés me ama seré tan feliz que... no sé lo que me pasará. Y tiene que ser, tiene que amarme; yo me la llevaré á una parte del mundo donde no haya gente, y allí, solitos los dos, ¿no es verdad que tendrá que quererme? Estoy ahora averiguando por qué camino se va á una de esas islas desiertas, que según dicen hay no sé dónde.... La sacaré de aquí, Gabriel; nos iremos ella y yo, si quiere bien y si no también. Cuando llegue el caso, me creo capaz de todo; de matar al que quiera impedirme, de vencer cuantas dificultades se me opongan, de echarme áuestas toda la tierra y beberme todo el mar, si es preciso para mi fin.... Gabriel, ¿llevarás á Inés el ramo de violetas? Yo tengo miedo de ir.... cuando la hable una vez se me quitará está turbación... ¿No es verdad? ¿Crees tú que ella me amará?

La pasión de Juan de Dios tenía cierta ferocidad. Junto con la timidez más ingénu, el corazón de aquel hombre abrigaba una determinación impetuosa y una energía suficientes para llevar adelante el más difícil propósito. El secreto confiado causóme tanto asombro como miedo, porque si bien el amor del mancebo podía ser un gran auxilio para la evasión de Inés, también podía ser obstáculo. Pensando en esto me separé de él, para llevar las violetas, sacadas de un cajón donde guardaba sus plumas: subí y púsemme al habla con mi desgraciada amiga.

—Inés —le dije, arrojando el ramillete por el tragaluz, —toma esas flores que he comprado para ti.

—Gracias —me contestó.

—Niñita mía —continué, —mételas en tu seno para que la bruja de tu tía no te las descubra. ¿Las has guardado ya?

—En eso estoy —repuso la dulce voz dentro del cuarto.

—Vaya, ya están.

—Mira Inesilla, pon la mano sobre tu corazón y júrame que no has de querer á nadie, á nadie más que á mí; ni á Don Mauro, ni á Juan de... quiero decir... á nadie.

—¿Qué estás ahí hablando?

—Júrame'lo. Pronto estarás libre, paloma. Pero cuando seas señora, rica y condesa, y tengas palacio y lacayos y tierras, ¿me olvidarás? ¿Despreciarás al pobre Gabriel? Júrame que no me despreciarás.

La muchacha rio en su cárcel.

—Vaya, adiós—añadi.—Ponte frente al agujero de la llave para verte; qué guapa estás! Adiós; me parece que ahí están tus simpáticos tíos. Sí: ya siento la voz del buitre de Don Mauro. Adiós.



XXI

Aquella noche nos favorecieron Doña Ambrosia de los Linos y el licenciado Lobo. La primera se quejó de no haber vendido ni una vara de cinta en toda la semana.

—Porque—decía—la gente anda tan szorada con lo que pasa, que nadie compra, y el dinero que hay se guarda por temor de que de la noche á la mañana nos quedemos todos en camisa.

—Pues aquí nada se ha hecho tampoco dijo Requejo, —y si ahora no trajera yo entre ceja y ceja un proyecto para quedarme con la contrata del abastecimiento de las tropas francesas, puede que tuviéramos que pedir limosna.

—¿Y usted va á dar de comer á esa gente?—preguntó con inquietud Doña Ambrosia.—¿Por qué no les echa usted veneno para que revienten todos?

—¿Pero no era usted—preguntó Lobo,—tan amiga del francés, y decía que si Murat la miró ó no la miró?.... Vamos, señora Doña Ambrosia, ¿ha habido algo con ese caballero?